

LA FRAGILIDAD CRECIENTE EN LA ORDEN²

Mis queridas Hermanas, mis queridos Hermanos, por medio del voto 71, la Comisión Central de 2013 pidió al Abad General que diera una conferencia sobre este tema. Desde hace doce años ya que hablamos abiertamente sobre este asunto (cf. Dom Bernardo Olivera, en la Reunión General Mixta de 2002) y desde hace un tiempo tengo la impresión de que damos vueltas en círculos. Sin embargo, también hay una urgencia creciente con respecto a la cuestión, ya que las comunidades se hacen cada vez más conscientes de su fragilidad creciente y tratan de tomar medidas para enfrentarla. Lo queramos o no, el tópico es importante, no sólo para las comunidades que tienen una experiencia directa de esta fragilidad creciente, sino también para las que se verán afectadas por ella: el padre inmediato de la comunidad frágil, y también las casas hijas de esta última. Observé que entre las 48 casas más antiguas de la Orden (donde aparece la mayor fragilidad), están las casas fundadoras de otras 83 casas de monjes y de 54 casas de monjas. Esto significa que el sostén que una casa hija podría necesitar (en términos de atención pastoral, formación, personal, economía), podría correr peligro.

El documento de trabajo para este capítulo (redactado por Madre Inés, Dom Bernardus y Dom Richard) presenta, luego de un breve estudio estadístico, una muy buena mirada de conjunto de las iniciativas y soluciones adoptadas en la Orden en estos últimos años: adaptación de los edificios y de las estructuras económicas; colaboración con otras comunidades; colaboración dentro de las Regiones; colaboración con la Orden Cisterciense y la Orden de San Benito; mudanzas de monasterios y reducción a casas anexas. Habla también de los desafíos planteados por la precariedad: vivir la situación a la luz del Misterio Pascual; aprender de la experiencia y adaptar la legislación

¹ Abad General de la Orden Cisterciense de la Estricta Observancia

² Conferencia dictada al capítulo general de la Orden cisterciense de la estricta observancia, Asís, 14 de septiembre 2014. Traducción del inglés de M. María Isabel Guiroy, osb, Paraná (Entre Ríos, Argentina). Publicada también en francés en *Collectanea Cisterciensia* 76 (2014), pp. 4 ss.

en consecuencia, y vivir la *Carta de la Caridad*. Se refiere también a la conferencia de Dom Bernardo mencionada más arriba. Considero que todo esto ha sido leído y ya no volveré sobre estos aspectos.

Hablamos aquí de la mayoría de los monasterios de monjes y monjas ubicados en los países de cultura occidental, desarrollados en los planos industriales y tecnológicos, así como también de algunos países de Asia. Las consecuencias de esta fragilidad creciente se manifiestan, entre otras cosas, en:

Edificios no proporcionados al tamaño de la comunidad;
 Pocos nuevos que llegan o falta de perseverancia en los candidatos;
 Dificultad en encontrar personas para los empleos de responsabilidad;
 Sobrecarga de trabajo en algunos y aumento de la ayuda de los laicos;
 Mayor dedicación para asegurar el cuidado de los más ancianos;
 Empobrecimiento de la calidad de la vida comunitaria en materia de liturgia, de recursos para la formación, de capacidad de tomar iniciativas;
 Disminución de la capacidad de la comunidad para formar nuevos miembros.

Estos elementos no han cambiado desde el último Capítulo General, y podemos decir que la situación incluso se ha deteriorado, ya que todos somos tres años más viejos e, incluso si tal vez somos un poco más sabios –esperemos–, también somos más débiles, con una mayor fragilidad. Concretamente, durante estos tres últimos años, el número de monjes y monjas en la Orden ha bajado un 4 % en cada rama –hay 84 monjes y 74 monjas menos, con un número total de 1999 monjes y 1662 monjas. Recientemente descubrí una estadística que me causó un shock. Observé que de las 96 casas de monjes de la Orden, 62 tienen 20 monjes presentes en la comunidad como máximo. Y 24 de esas pequeñas comunidades figuran entre las 48 casas más antiguas de la Orden. En lo que se refiere a las monjas, 41 de las 73 casas tienen como máximo 20 hermanas presentes en la comunidad (y 16 de estas casas figuran entre las 37 casas más antiguas de la Orden). Así, aunque pensemos que las comunidades más jóvenes seguirán creciendo, por lo que podemos prever, en el futuro tendremos comunidades más pequeñas. Es un gran cambio con respecto a lo que muchos estaban acostumbrados en un pasado todavía reciente. Esto no es en sí algo malo –lo pequeño es hermoso–; lo que importa es la calidad de la vida de la comunidad y no el número, pero requiere un estado de ánimo diferente de lo que prevalece todavía en muchas comunidades más ancianas, y una dinámica comunitaria diferente. Además, en las comunidades más frágiles, un número importante de los miembros son ancianos, mientras que los más jóvenes tienen entre cuarenta y cincuenta años.

Lo que deseo proponerles en esta conferencia es compartir experiencias de lo que he visto y oído visitando las comunidades y participando en reuniones; luego, algunas reflexiones sobre todo esto; y finalmente, no tanto conclusiones cuanto orientaciones para vivir hoy.

«Visto y oído»

Estabilidad y perseverancia

Una de las características evidentes en nuestra Orden y que le fue transmitida a través de una larga tradición, es un cierto sentido de estabilidad, fidelidad y perseverancia en la vida de comunidad, una capacidad de soportar las dificultades y de continuar sirviendo sin quejarse. Muchos de nuestros ancianos dan testimonio de este espíritu: algunos viven vidas piadosas y apacibles en la enfermería, otros están todavía activos y continúan haciendo servicios simples y necesarios donde pueden. Otros continúan incluso ocupando posiciones de responsabilidad con una edad avanzada, y los superiores están muy contentos de tenerlos. Pero están también los casos en que los ancianos se niegan a dejar sus cargos porque los “jóvenes” no están todavía preparados y no tienen suficiente experiencia. Esto a veces puede significar dejar de lado a toda la nueva generación, porque se la considera débil. En algunas situaciones, puede llegar a minar la confianza en la comunidad y a tener dificultad para encontrar y aceptar un superior dentro de la comunidad.

Vocaciones y discernimiento

La necesidad de tener vocaciones puede ser otro factor de presión en la comunidad. Esta presión puede conducir a una apertura a todos los recién llegados, que puede parecer generosa y misericordiosa y verdaderamente evangélica, pero también puede ser que la necesidad oscurezca el discernimiento. A veces puede tratarse de una mistificación desconcertada frente a una persona moderna, diferente de lo que somos nosotros y que nosotros no comprendemos. En algunas comunidades, la búsqueda de datos básicos sobre el pasado del candidato, la pregunta sobre su historia personal u otras informaciones o experiencias, no parece formar parte de la evaluación inicial. Esto puede llevar a experiencias penosas y más tarde al rencor en la comunidad y en el candidato, y dar lugar a muchos dramas que podrían haber sido evitados. Es cierto que una sola persona puede cambiar la atmósfera de una comunidad y esto puede darse a causa de un miembro nuevo, pero más todavía puede darse cuando esa persona es el superior(a), o tiene otra responsabilidad importante.

Muchas veces, a una alegría mal fundada por la llegada de un candidato, le seguirá la desolación de una partida. Una cosa es tener candidatos, y otra es formarlos. Y en estas situaciones de fragilidad, la formación resulta inadecuada, no sólo en lo que se refiere a la enseñanza, sino sobre todo en lo que se refiere a la dirección: esa capacidad de dar su tiempo a alguien, de escucharlo y de tratar de comprenderlo, de animarse a dejarse interrogar sobre lo que hacemos y decimos, pero también esa capacidad de interrogar y de exigirle a un candidato. No estar a la defensiva y ser firme, exige que las dos partes se ubiquen en el plano en el que ambos son discípulos, deseosos de ponerse a la escucha de otra voz. En algunos casos –gracias a Dios poco numerosos–, hemos visto que el deseo de tener candidatos había provocado esfuerzos por atraer a los miembros de otras comunidades para que pasen a la propia comunidad, que se suponía “tenía más futuro”.

La economía

En estas situaciones de fragilidad, es evidente que una buena economía y el hecho de tener reservas financieras pueden amortiguar los efectos del debilitamiento de la comunidad. El trabajo puede ser realizado por obreros asalariados, y así una comunidad que disminuye y envejece podrá continuar más tiempo que otra que debe vivir del trabajo de sus manos, si estas manos son poco numerosas. Sin embargo, aunque esto hace más lento el proceso de disminución, no por eso lo detiene.

Los superiores

En todo esto, queda claro que quienes deben llevar el mayor peso de las circunstancias desfavorables son los superiores. Muchos lo hacen notablemente bien y demuestran una gran fe y una gran fuerza; parecen soportar todo con un espíritu apacible y con buen humor. Pero a menudo tienen que pasar de una crisis a otra, provocadas por enfermedades o accidentes en la comunidad. Muchas comunidades no tienen candidatos en el horizonte y poca perspectiva de que cambien las condiciones. Se tomaron diversas iniciativas para favorecer las vocaciones, pero los resultados son muchas veces decepcionantes. A menudo los superiores tienen que tomar decisiones importantes para el futuro, o que costarán mucho dinero, como renovar, demoler o reconstruir, o incluso hacer una mudanza. Llegar a un consenso es un proceso laborioso, pero, incluso cuando se ha logrado, tampoco tenemos la seguridad de que estamos haciendo lo que conviene. ¡No sabemos y no nos gusta vivir con el temor a lo desconocido! Conservar un espíritu de fe, un espíritu positivo, no

sólo para uno mismo sino también para los demás, puede resultar difícil. Los superiores son a veces el objeto de reproches por su manera de actuar, y el sentimiento de no estar a la altura de su tarea, junto con el peso inherente a la carga de ser superior, pueden llevar al descorazonamiento. Algunos superiores sufren importantes niveles de stress y en otros aparecen problemas de salud.

Las reacciones

Algunas de las reacciones frente a estas circunstancias consisten en echar la culpa de todo a la sociedad contemporánea, o a los cambios en la Iglesia, o a la declinación de la calidad de la vida monástica (ya no somos lo que éramos), o incluso atribuyéndolo a que la vida se desarrolla en ciclos, que la historia monástica muestra que en el pasado hubo altos y bajos, que las cosas tendrían que arreglarse y que debemos esperar tiempos mejores. A veces tengo la sensación de que utilizamos nuestra espiritualidad como un bálsamo para nuestras penas. Hoy escuchamos hablar mucho de *kenosis*, de ser pobres, de ser un rebaño humilde y pequeño, lo cual es una forma de consolarnos en nuestra miseria, identificándonos con Cristo que sufrió hasta la muerte. No hay duda de que estos puntos son elementos importantes del mensaje del Evangelio, pero a veces tengo la impresión de que nosotros canonizamos así la inadaptación, o que hay una pérdida de celo por las obras de Dios, una aceptación de los consuelos del mundo y también del *statu quo*, junto con una incapacidad de comprender que la vida ha seguido avanzando y que nosotros permanecemos pegados a un tiempo pasado. Me animaron algunas palabras de un libro escrito por una benedictina norteamericana hace casi veinte años. Decía, en el contexto de la disminución de la vida religiosa, que: “Tal vez las personas no entran hoy en nuestras comunidades porque los religiosos consideran que su vida está en declinación (y no simplemente en una *etapa de transición*)”. Pienso que esta perspectiva nos propone una manera diferente de mirar nuestra realidad actual, y que esa manera está en concordancia profunda con la realidad.

Algunas observaciones sobre las cosas “vistas y oídas”

¡El mundo ha cambiado!

A pesar de que esta evidencia se impone, el hecho de que el mundo haya cambiado es negado implícitamente muchas veces por algunas actitudes que consideran que la vida monástica que conocimos en el pasado es la verdadera y que lo que hoy vivimos no es más que una versión aguada. A menudo esto se manifiesta como una cierta nostalgia. No esperamos gran cosa

del mundo contemporáneo y tendemos a considerarnos víctimas de la modernidad y de la postmodernidad. Pero no somos los únicos que estamos amenazados por el cambio y por su ritmo acelerado. Pensemos en las consecuencias de la crisis financiera de hace unos años, en el cambio que sufrió el mercado del trabajo –en el que la seguridad laboral es algo del pasado–, o en la cantidad de jóvenes desempleados, sin hablar aquí de los problemas más amplios de los flujos migratorios, la pobreza a escala mundial, etc.

La Iglesia cambia

Un descenso numérico en Occidente, una gran indiferencia entre los fieles, el cierre de iglesias que ya no se utilizan, la disminución de sacerdotes y religiosos, de monjes y monjas. No somos los únicos que sufrimos los efectos de esta sequía y que buscamos adaptarnos a esta desertificación del espíritu. Inevitablemente hay menos vocaciones para la vida monástica. Pero no debemos considerarnos mártires. El Cardenal Schönborn, de Viena, dirigiéndose a los católicos de Austria, habló de un modo muy personal de esta necesidad de enfrentar el cambio. Habló de la necesidad de que la Iglesia encuentre su lugar en una sociedad libre. Su misión es la de ganar para la fe a las personas individuales y, por lo tanto, de ganarlas para Jesucristo en libertad. Luego, evocando la dificultad de desprenderse del pasado, agregó: “Significa decir adiós a la Iglesia de mi infancia, que es tan cercana a mi corazón, y este adiós lastima”.

Nuestra relación con la Iglesia también sufre cambios

En un pasado no tan distante todavía, nos considerábamos como viviendo al margen de la sociedad, alejados geográficamente de los lugares habitados. Éramos exploradores del Espíritu, viviendo en la frontera y manteniendo una distancia crítica con respecto al mundo. Y cuando los Monasterios eran todavía instituciones imponentes, se ponía el acento en la separación y la soledad. Hoy la Iglesia local asume una importancia mayor y el monasterio es más parte de ella, en asuntos de mayor o menor importancia. El lugar primordial que se le da al sacramento del Bautismo, nos sitúa hoy ya no separados sino en comunión en la gracia esencial del Bautismo, sin negar el carisma específicamente monástico. El cambio y la disminución en número de muchas de nuestras comunidades afecta también al modo como nos relacionamos con la Iglesia local. Es un modo menos institucional y más dependiente de los vínculos más personales que formales, que tienden a convertirse en modelo para comunidades y monasterios más pequeños.

Nuestro lugar en la sociedad

Cada monasterio, incluso los que están en lugares solitarios, tiene sus vecinos, sus visitantes y su lugar en la comunidad local. Esto es una necesidad de la vida y es inevitable. En el mundo moderno somos cada vez menos autónomos. El hecho de tener un lugar significa que tenemos un cierto *status*: podemos ser conocidos por nuestros productos, queso, chocolate, cerveza o vino; o por nuestra liturgia, o como un lugar de retiro y oración, o como un empleador en la región, o como un buen cliente del banco local. La dificultad puede aparecer por el hecho de que este *status* genera ciertas expectativas en la gente y puede imponerse a nosotros en forma de exigencias. Si es necesario un cambio, o si se plantean preguntas sobre el futuro del monasterio, podemos estar menos libres para actuar o para realizar las opciones difíciles que deban tomarse.

¿Cómo nos manejamos con los jóvenes?

Sabemos que la inculturación concierne no solamente a las culturas sino también a las generaciones, y para la mayoría de nosotros, la cultura de los jóvenes ya no es más actualmente nuestra cultura. ¿Cuántos de nosotros tenemos contacto directo con los jóvenes? ¿Cómo vemos lo que tenemos ante nuestros ojos hoy, o lo que escuchamos decir? ¡A veces nos parece estar en tierra extranjera! Esta extrañeza se nos manifiesta particularmente en los jóvenes, o en los miembros de las jóvenes generaciones: cabellos teñidos, *piercing*, tatuajes, sin hablar de la ropa, de la música, etc. ¿Nos sentimos perdidos? ¿O somos capaces de escuchar una voz diferente, de atravesar la frontera cultural y tratar de entender su lenguaje y de discernir cuáles son las cosas importantes para ellos? El año pasado estaba un día en el subte, yendo a una reunión en la ciudad. Frente a mí había dos jóvenes sentadas –cabello multicolor, pintura y polvo, anillos, tatuajes, etc.–, que conversaban. En ese momento subió una joven con un bebé y comenzó a pedir y a contar su historia en voz alta a todos. Yo ya la había visto antes, de modo que bajé los ojos y endurecí mi corazón. Las dos jóvenes, enfrente de mí, continuaron con su conversación, pero ambas pusieron su mano en el bolsillo o en la cartera ¡y le dieron una limosna! ¡De repente me sentí del lado del sacerdote y del levita, y ellas eran el buen samaritano! ¡O sea que no solamente endurecí mi corazón, sino que también tenía prejuicios! A veces siento que muchos de nosotros nos hemos dado por vencidos con la generación o las generaciones más jóvenes. No esperamos mucho de ellos. Y como sucede con muchos sentimientos que no se expresan, los demás se dan perfectamente cuenta de ello. Un leve consuelo puede ser para nosotros el hecho de que muchos pa-

dres experimentan este agujero generacional, pero como son padres, probablemente tienen más paciencia y aunque viven en la incomprensión, siguen confiando y siendo misericordiosos.

Un examen de conciencia

Así pues, en el caso de que lo que estoy diciendo no quede claro, lo que estoy sugiriendo es un examen de conciencia en cuanto a nuestro modo de situarnos con respecto al mundo en el que vivimos, a los presupuestos e incluso prejuicios que podemos tener y a nuestra libertad para discernir y para oír lo que Dios puede estar diciéndonos en un mundo que Él todavía guía –yo lo creo– según su designio. Y tal vez lo que nosotros llamamos tradición puede ser un apego involuntario a los reglamentos humanos que nos impiden oír una palabra de vida, como sucedió hace 2000 años en Galilea y en Judea.

Orientaciones para vivir hoy

Colaboración

Lo que aparece claramente para muchas comunidades en situación de fragilidad creciente, es que el modo de ir para adelante pasa por el camino de la colaboración. Es lo que subyace en la iniciativa de la Región Española de crear un establecimiento con cuidados médicos y ahora, el programa regional para la formación de los novicios. Esto significa reconocer el hecho de que muchos monasterios no tienen por sí mismos los recursos necesarios para proveer cuidados médicos adaptados ni para la formación inicial. Las casas francesas de monjes y monjas (OCSO Francia), están haciendo algo parecido para la formación de los novicios. Algunos monasterios de la misma zona geográfica o de una misma región o filiación, estudiando la viabilidad de las comunidades y viendo la resistencia instintiva a moverse hacia un cierre, están explorando la posibilidad de una colaboración más estrecha para compartir sus recursos, pero continuando en sus respectivas implantaciones. Así estarían, gracias a este acercamiento, en mejores condiciones de beneficiarse de personas competentes para la formación, las finanzas, etc. Sería como una red local o como una versión no jurídica de una provincia, como la que encontramos en otras Órdenes. El objetivo sería el de “asegurar la continuación del carisma cisterciense” en una región determinada, como dijeron las Comisiones encargadas de las casas de monjes irlandeses. Lo que necesitamos, según mi opinión, son los beneficios de la solidaridad, la estimulación que proviene de la escucha de las experiencias de otros grupos más pequeños, unidos por la geografía o por las preocupaciones comunes.

Ir a lo esencial

Hace un tiempo visité una pequeña comunidad de monjes (menos de 12 miembros) que, por lo que había oído, no ocupaban una posición eminente en el firmamento cisterciense. En el transcurso de la visita, hablando con el superior, me dijo: “Hay tres puntos en los que insisto: la oración (Oficio, *lectio* y oración personal), el trabajo, y el modo de tratarnos unos a otros”. Y efectivamente he visto esto puesto en obra: asistencia al oficio en común a la mañana y a la tarde; un trabajo comunitario (que felizmente ellos tienen), y el modo como los hermanos se trataban unos a otros y se relacionaban conmigo: amistosos, respetuosos, distendidos y “verdaderos”. Nuestra herencia cisterciense y nuestra tradición monástica es muy importante y no pretendo minimizarlas de ninguna manera con lo que digo, pero a veces tengo la impresión de que llevamos mucho exceso de equipaje, acrecentado por los siglos, de reglas, usos y esa masa de cosas no dichas que forman parte de nuestras comunidades. Corremos un peligro real de no acertar en lo esencial. ¿Qué es lo que queremos vivir y qué es lo que vivimos realmente? ¿Qué ofrecemos a la gente como para poder decir que esas cosas son importantes para nosotros y como para que insistamos en ellas? ¿Qué defendemos?

Alegría, oración, acción de gracias

Haciéndome esta pregunta, fui a san Pablo y a su *Primera Carta a los Tesalonicenses*, que, como ustedes saben, es el primer documento del *Nuevo Testamento*. Pablo estaba entonces en el inicio de su carrera misionera y llevaba lo que él había experimentado como buena noticia al mundo pagano. ¿Qué era ser cristiano? Ésta es la primera evidencia escrita que tenemos sobre cómo un cristiano veía su vida y cómo veía a Cristo y explicaba a los demás qué significa ser cristiano. ¿Y de qué hablaba? Bien, luego del saludo inicial, la primera mitad de la carta es una larga *oración de acción de gracias* a Dios por cómo estos paganos *habían creído* en el mensaje y cómo este mensaje había tocado sus vidas. Ahora vivían en *la fe, en la esperanza y en el amor, aunque sufrían* por su fe. Ellos *imitaban a Pablo y al Señor Jesús* por su dedicación abnegada y *daban testimonio*, por su *modo diferente de vivir* y por sus *sufrimientos*, del *poder del Espíritu* en sus vidas. La gente hablaba del cambio de sus vidas. Su *fe no consistía solamente en palabras*. Luego Pablo los anima a seguir viviendo de acuerdo a su fe, y les da una *enseñanza* suplementaria, mientras esperan la *venida de su Señor y Salvador*. Conocer a Dios era ser transformado por el Espíritu Santo y vivir de una manera diferente, imitando a Jesús; la santidad de vida, la transformación personal eran el objetivo. Es muy interesante constatar que en los últimos versículos de la carta hay

una triple exhortación que tiene un impacto importante en la tradición monástica, aunque haya sido dirigida a todos los cristianos. La conocemos bien:

*Estén siempre alegres,
oren sin cesar,
den gracias en toda circunstancia,
porque ésta es la voluntad de Dios para ustedes en Cristo Jesús (1 Ts 5,16-18).*

Ustedes saben que en el lenguaje de las computadoras, hablamos de “parámetros por defecto”. Tal como yo comprendo ese término, se refiere a la configuración básica de la computadora, de modo que tiene una orientación predefinida que le hará realizar las direcciones prescritas y volver a su configuración inicial. Quisiera sugerir que esta tríada podría muy bien ser “el parámetro por defecto” de Pablo. Y pienso que puede tener algo que decirnos hoy a nosotros, que enfrentamos los desafíos de nuestro tiempo y ocupamos nuestro lugar en la obra de la nueva creación que el Señor está trayendo a nuestro mundo y a nuestro tiempo. Esta configuración de base que puede ayudarnos, no sólo a resolver nuestros problemas o a tomar las decisiones correctas, sino también a vivir este tiempo, nuestro tiempo, bien y en la alegría del Evangelio, como hombres y mujeres que acogen la bendición de las Bienaventuranzas.

*Casa Generalizia OCSO
Viale Africa, 33
I-00144 Roma. Italia*